

NIEVES

I

Vivíase en plena zafra, y era grande el barullo de la gente agricultora, á quien parecía de perlas la cosecha por lo pródiga y bien sazónada. De las cañas, cuáles verdegueaban en la vega, y cuáles, cortadas ya, humedecían con lágrimas muy dulces los tablados de los carros y carretas que en apretado haz las llevaban sin compasión alguna á la prensa de la molienda. Trabajaban á profia el propietario y el mayordomo, el Bracero y la yunta, y pasaban y volvían á pasar los carros y carretas rebotando cañas, mientras en el fondo del cañaveral chasqueaba el hierro en la jugosa entraña de la planta, y crujía secamente la áspera hoja al rodar al suelo árido y sediento.

Un aire fuerte levantaba las faldas de las mujeres y secaba en la frente de los hombres el copioso sudor arrancado por el trabajo; las mujeres

se esparrancaban para bajarse las faldas, tan aína, que no parecía sino que deseaban tapar vergüenzas, y los hombres se inclinaban al suelo, fingiendo recoger las cañas de desecho, para ver á hurtadillas las robustas cañas de carne y hueso...

En el cielo ni una nube para templar los fuegos del sol, y en la vega ni una gota de rocío para apagar la sed de las mariposas irisadas, que aleteaban mansamente sobre los pañuelos rojos y azules de las campesinas.

¡Buena tarde de bochorno en la descocada campiña malagueña! Corriendo de bardal en bardal y volando de floresta en floresta, la airosa guinea de rojo moño y pintada pluma iba en pos del amoroso nido; más allá chispeaba como ascua de plata el agua del río, que rociaba amores, y á sus márgenes abrazábanse con muchas ganas ramajes de árboles y campanillas azules. Hasta las piedras de la carretera echaban chispas, al parecer, según lo lustrosas y secas que estaban, y si no ellas, echábanlas por los ojos las parejas del cañaveral, más ganosas de dormir la siesta que de mandar cañas á la prensa de la molienda. Los gallos corrían vertiginosamente detrás de las gallinas; á guisa de besos, tirábanse mordiscos los perros y arañazos los gatos; las bestias de carga suspiraban amorosamente con relinchos espeluz-

nantes, y enseñaban los dientes, como sonriéndose con coquetería, y hasta el propietario de la vega apartaba la vista de las calderas de vapor para fijarla en una falda arremolinada por el aire.

Humeaba en todo el campo un vaho denso y fuerte como de verano; subíase á las narices un olor, que no era precisamente á tomillo, sino más bien á cuerno quemado, y entre malagueñas de las mujeres y cacareos de las gallinas, palmas de los hombres y rebuznos de las bestias, cantares aprendidos y resuellos del natural, y *¡venga de ahí!* y mucho *¡quiquiriquí!* y *¡ole con ole!* y allá va un relincho, y *¡viva tu mare!* y allá va un bramido, diríase que de todos los rincones de la campiña salía un mismo ritmo tentador, entonado al unísono por todos los animales; desde la púdica mujer que se cubría la vergüenza con las faldas, hasta la liviana gallina que no se las bajaba porque no las gasta; desde el pudibundo hombre inclinado respetuosamente para ver mejor y más á gusto las robustas cañas de carne y hueso, hasta el indecente burro que tenía la audacia de acariciar á la burra de sus pensamientos en las narices del propietario de la vega y ante una sociedad de personas cultas.

No todo era, sin embargo, acorde en esta sonora manifestación del amor; que abajo, en la pe-

queña casa oculta en la hondonada, un hombre y una mujer parecían dormidos espectadores de la bacanal en que se agitaban los seres bajo la calenturienta acción de la naturaleza.

Ella era una mujer de lo que no hay en Madrid, ni se ve en el mundo, fuera de la bendita tierra de Andalucía, que allí nacen á montones las mujeres retrecheras; una mujer con unos ojos que parecían dos soles de penas, por lo grandes y tristes, y dos puñaladas por la espalda y á mansalva, de puro traidores y seguros; con una boca... que si hubiera tentado á san Antonio... ¡vamos, que nos faltaría ahora ese santo á quien rezarle una aleluya!... boca que era un desafío á los hombres y una risa con todos, menos con los dentistas, que para éstos estaba siempre cerrada; con una nariz más recta que el tribunal supremo de justicia, y á las veces ligeramente inflada, como nariz de yegua montaraz, en sus ventanitas que tenían visillos purpurinos; con un color muy moreno, con unas ojeras más morenas todavía... ¡y con la mar de cositas morenas en todo su cuerpecito salado! La frente merecía una corona; el pelo era una enredadera de enlutado encaje; más bien alta que mediana de estatura, y más bien llena que falta de carnes; era, en fin, la mejor manta de Palencia para desafiar las

heladas de Burgos, una mujer capaz de resucitar á un muerto, y que, de vivir en Pekín, diera motivo sobrado á que pensarán aquellos bárbaros si habría sido fabricada expresamente para el emperador del celestial imperio. Espérese usted, lector, que ya me olvidaba de lo principal : de la peana de la santa ; pero... ahora recuerdo que no la tenía. ¡ Si en viéndola venir de frente no había quien no se figurara que andaba en capullos de rosa, ni quien no sintiera ganas de echarse al suelo para que pisara ella en blando y no se estropease los pies en las piedrecitas de la calle!

Él... él era un hombre como todos los demás : *muy feísimo*, — porque no hay hombre bonito al lado de mujer guapa. Pero tenía un mirar inteligente y audaz y una cara que decía mucho ; en una palabra : era un hombre con algo en la cabeza, y ese algo no era adorno de mala calidad, á pesar de lo reguapísimo de la compañía.

— Mia tú, le decía ella, mia tú que haberme traío á este destierro, como si tú me hubieras encontrao á mí en algún cortijo. ¡ Si te habrás figurao que me van á empañar los hombres con mirarme á la cara!... Pues mia tú que no te enjuagues conmigo, porque conmigo nose enjuga nadie...

Él nada dijo, y ella le miró con dureza, quizá

con odio... Queriéndole con más devoción que á la Virgen de la Paloma, no se resignaba á ser pájara enjaulada... En aquel momento sublevábase toda su independencia, y alejada de los hombres y deseosa de salirse con la suya, hubiérale puesto cuernos con un mosquito de los que zumbaban en la atmósfera.

.....
Anochecía...

Ya iban muriendo en el risco y en la hondonada los últimos ecos del trabajo. El bracero reivindicaba su libertad guardando gozosamente las herramientas, y la bestia, sin coyunda ni aparejo, triscaba á gusto en la pradera. Veíanse aún en el suelo los últimos bagazos arrojados de la prensa, que estaba pegajosa de dulce y con vetas de sangre de las cañas malas, y los carros y carretas, henchidos de fruto, hallábanse abandonados en la entrada del establecimiento.

El silencio se apoderaba gradualmente de la vega, y la noche iba manchando los efluvios de luz... Huía ésta por las laderas, medrosa y confusa como quien huye á la muerte, rastreado por los pliegues de las montañas y recatándose al salvar los recodos, como quien teme una celada ; y apenas se columbraban en la lejanía, como brazos gigantes de una madagaña, las aspas del

molino girando pausadamente, mientras en una parte de la vega clareábase la verdosa superficie de las cañas con la luz tenue y pardusca del sol, que se caía á pedazos detrás de una colina.

Y en tanto que el ya quejumbroso canto del trabajador que volvía á su casa confundíase con el murmullo de la iglesia que balbuceaba la oración, y que de los rincones de todo el campo parecía salir un ritmo que sofocaba las cabezas y encendía las pasiones, aquella mujer de la hondonada rebelábase en silencio contra los amores de su corazón, con ser tan grandes, y contra las exigencias de su naturaleza, con ser tan impetuosas.

II

Ella no había sido hecha de una carne especial, ni tenía en su armario un alma diferente de las demás del sexo. Dícese generalmente que genio y figura acompañan al hombre desde la cuna al sepulcro; pero así como los afeites ó los trabajos físicos modifican la figura, así también las vicisitudes morales modelan el genio, de modo y manera que suele ser fruto de desgracia la acritud del carácter, y signo de ventura la templanza del temperamento; y en tesis general, bien puede afirmarse que las grandes virtudes y

los grandes crímenes son pronunciamientos de los caracteres, que, siendo idénticos en la esencia, varían, sin embargo, sin tasa ni medida, en la forma de producirse, según se acentúen y extremen en tal ó cual sentido.

Cuando le preguntaban de su vida, ella recordada confusamente algunos incidentes que se le grabaron en el alma, de modo tan indeleble, como en la frente del réprobo el estigma enrojecido.

De niña había cruzado las calles hundida en las banastas de un caballuco, guiado por una vieja gimoteadora que pordioseaba por la villa, y no se le olvidaba que de la otra banasta salía á ratos la cabecita de una niña tan andrajosa y linda como ella, ni que ambas ponían los gritos en el cielo cuando la vieja las hería á escondidas con una aguja para que llorando mucho excitaran más la compasión del rico... Ni se le olvidaba tampoco que, crecida y con buen palmito, vendió luego periódicos por las calles, hasta que en una noche desventurada, de mucha nieve en la atmósfera y de mucha helada en el corazón, se quedó medio adormida y arrecida de frío en el quicio de uno de los portales de la calle de Peligros... ¡Qué nevadal!... Al alborear la mañana, cuando los barrenderos se ocupaban en limpiar las calles, las criadas que se dirigían al mer-

cado reíanse de la pobrecita, que, rígida y con la diestra extendida en actitud de ofrecer el periódico, tenía al aspecto de una de las pequeñas estatuas del Retiro, bordados de nieve los ángulos salientes de su flaca armazón y con un cucurucho blanco en la cabeza. Una mujeruca le quitó de la frente los copos de nieve, para salpicarla luego hasta el cuello de los lodos del vicio.

En aquella noche fué bautizada. Sirvióle de capilla el quicio del portal... de sacerdote, la desgracia... de madrina, la vieja sin pudores... de agua bautismal, el llanto de la naturaleza... de acompañamiento, el corro de barrenderos y criadas : salió de allí con nombre y pasaporte para correr las calles, y desde entonces la llamaron *Nieves* en la cloaca del pecado, quizá con el propósito de que recordase siempre aquella desventurada noche de nieve en la atmósfera y de hielo en el corazón, cuando quedó sepultada bajo la escarcha del olvido, con el cucurucho blanco en la cabeza...

Todas las brutalidades del oficio no pudieron barrer los humos de su carácter ni las protestas de su razón, y al emanciparse de la servidumbre, revolvíase airada contra cualquier cautiverio por dulce que fuese; y era que el menor mandato reflejaba en su memoria odiosos imperios, y no

pocas veces, merced á alucinaciones mentales, veíase de centinela de la prostitución, de gancho del vicio, de carne de pesca entre tiestos de flores polvorientas y aparejada siempre á horrible boda con lo desconocido... y oía luego una voz vidriosa que, entre regüeldos de aguardiente, le decía con acritud : « ¡Ya te puedes quitar de la ventana, que hace bastante rato que estás ahí! »

En la retina de su imaginación se efectuaba el andrajoso desfile de algo á manera de las sombrías visiones que engendra en el cerebro la *Danza macabra*, y se le aparecían con todas sus torturas la aguja que la atormentó en la niñez, el afrentoso desgaire de su juventud primera, la horrible profanación de placeres vulgares que huyeron de ella gesticulando irónicamente, los besos que se le evaporaron en lágrimas y los abrazos que tendió al hospital... ¡ay! ¡las primaveras todas de la vida sepultadas bajo el cucurucho de escarcha y nieve!... Entonces se rebelaba contra el abrazo que pretendía aprisionarla, aunque gustara del abrazo, como se rebelaba en la vega malagueña, en medio del ritmo tentador que el campo elevaba al cielo al caer de una tarde en que la mujer y la gallina y el hombre y el burro repetían á coro :

— ¡Juerga!... ¡Juerga!

LA HUERTA

Furioso lector de *El Motín*, tenía empapeladas las paredes de la casa con caricaturas del periódico anticlerical; y la casa, para ser de pueblo, no era mala: de planta baja, como vivienda de aldea, pero con hermosa huerta, y en la huerta naranjos y limoneros que por primavera olían á gloria.

El señor Lucas era una antigualla... modernizada, un castellano al revés, porque había puesto las virtudes de su carácter al servicio de todo lo que iba contra Dios y el rey. *El Motín* era, á su juicio, la última palabra del credo revolucionario; no creía en otra cosa, y las caricaturas del periódico venían á ser los santos de la devoción de su casa.

Doña Valentina, su esposa, no creía mayor-

mente en *El Motín*, pero se sentía hipnotizada por aquel Lucas, á quien no estorbaba lo negro, y que discurría con cierta prosopeya sobre los artículos y sueltos, embozado en una capa parda que era su compañera inseparable, más aún que la misma Valentina.

Cierto que el señor Lucas no era un *genio* ni mucho menos, puesto que decía cuando se acata-raba que tenía *constipación de sienes*, y llamaba al mar *sólido* por solitario; pero como todo es relativo, era en la aldea una autoridad política y literaria, singularmente para Valentina, la cual se sentía orgullosa de su Lucas, y lo demostraba reservándole respetuosamente la mejor parte del cuero de cerdo, alimento de los cónyuges los más de los días.

¡Aquellas atrocidades de los *cleripopótamos*!... ¡Aquellos *palos* á los republicanos que no querían unirse « para echar abajo lo existente »!... El señor Lucas se entusiasmaba con todo eso; y mucho más le entusiasmaba la caricatura del hombre del pueblo con pañuelo aragonés y alpargata catalana, el cual hombre, que parecía por lo elevado un gigante, al lado de Salmerón, Pi y Zorrilla, amonestábalos severamente, enseñándoles el derrotero del porvenir con el dedo índice, muy gor-do por cierto, de la diestra mano... El señor Lu-

cas *explicaba* la caricatura; campaba allí por sus respetos, y no se hubiera hallado quien se atreviese á contradecirle. El cura, con todo de ser cura, estaba espantado.

Pero la gloria es efímera, y la del señor Lucas vino á menos con la aparición en el lugar de un revolucionario que, como el judío errante, no se sabía ni se supo nunca de dónde vino: tranquilo al parecer, muy metido en sí, sobrio de palabras y... sin capa parda.

¡Qué desencanto! Aquel *energúmeno*, como le llamaba el cura, decía del señor Lucas que estaba atrasado un siglo... ¿La república? ¡qué tonteería! Llegarían al poder los mismos ministros con diferentes collares, y el pueblo, el hambriento, el desheredado eterno, continuaría gimiendo y llorando como si tal república existiera, royéndose los codos, esclavizado por el trabajo, deshonrado por sus amos... Aquello, predicar por la república, era una antigualla... como el señor Lucas. Los tiempos eran otros. Bueno que los burgueses hicieran la revolución contra los nobles y abatieran el principio autoritario; pero eso ya pasó; ahora el pueblo, el verdadero pueblo, tenía que acabar con los burgueses y con el principio individualista que representan. Hacía falta volverlo todo de arriba abajo, no dejar piedra so-

bre piedra, tener por símbolo de la política la horrible creación de un pintor alemán — campo desolado; sobre el campo, una pirámide de calaveras, y encima de la más alta un cuervo... eso es, la anarquía; — hacía falta, sí, echar á rodar « lo existente », pero empezando por la república, por esa república que era *el Dorado* del buen señor Lucas. Después... se vería; es decir, no lo veremos nosotros, seguía diciendo el *energúmeno*, pero lo verá alguien, no sé cuándo, ni cómo, en un siglo horrible, aunque justo, de expiaciones enormes, donde el Terror negro de los hombres que hicieron la revolución política será eclipsado por el Terror rojo de los hombres que lleven mezcladas en las manos sangre homicida y porquería adquirida al labrar la tierra ingrata... No será desfile de rebaño desmedrado, que saque á la calle el hambre, paseándola como una bandera, con la esperanza de ablandar los corazones... no será remedo de la *procesión de los sin trabajo*, un *paso* más, resignado, entre el gris del cielo y el lodo de la calle, como los del Cristo que fué en procesión hacia el Calvario para redimirnos de culpas monstruosas... será un horror de venganzas, una matanza de cerdos, y á las víctimas no se las llevará en carros cogiéndolas al azar, como ocurría diariamente en la plaza de la Concordia; se

las sorprenderá en sus casas y en el medio del sueño...

Y al señor Lucas se les saltaban las lágrimas; á duras penas probaba ya el cuero de cerdo, y envuelto en la capa parda miraba tristemente, por encima de los embozos, las caricaturas que tenían de adorno las paredes de su casa solariega; el mismo paleta que representaba al pueblo le parecía tonto de capirote á pesar del dedo índice estirado, puesto que no empuñaba, pudiendo hacerlo, el trabuco ó la hoz, y él, Lucas, era también un mentecato, un Lucas... Gómez, y además, según el *energúmeno*, un ladrón, un explotador del pueblo, un... burgués.

Aquel invierno fué un horror de crudezas. La anarquía tuvo un aliado: el hambre. Sobre el campo yermo, alumbrado mortecinamente por la luz de las hogueras, aparecían en confuso montón hombres y mujeres alternando con caballerías y acosados por alimañas que salían del bosque al olor de la carne humana. El novelista Tolstoi escribía desde Omburgo que se encontraban á centenares por las calles cadáveres de hombres y caballos. Ni pan ni pienso... Los caballos concluirían por ser anarquistas. Á la desbandada de las hordas de *Germinal* que gritaban: «¡Pan! ¡Pan! ¡Pan!» seguiría una vertiginosa carrera de caba-

llos, un tren de sangre, como el de la *Bête humaine*, que lo arrollaría todo al relincho de: «¡Pienso! ¡Pienso! ¡Pienso!» Allá en Rusia, las personas disputaban á las bestias los bocados de hierba; los campesinos huían de sus hogares sin lumbre y sin pan; turbas de chiquillos, que eran guiñapos, pedían qué comer á colonos que los maltrataban; en míseros jergones, á la intemperie, mujeres recién paridas, y, tiritando sobre despojos de partos, niños que venían á la vida en sacos de miserias... Se ayunaba tres ó cuatro días, porque no había más remedio que ayunar. En algunas ciudades, *la población se preparaba, confesando y comulgando, á bien morir*. Y allí, en el pueblo del señor Lucas, lo mismo que en Rusia... Puesto que había que morir de hambre y de frío, valía más morir matando; y la intentona, disparatada y loca, estalló bajo las órdenes del *energúmeno*, que poco después fué al patíbulo sin decir palabra, negándose á recibir los auxilios espirituales, firme y convencido, severo y triste, como un Saint-Just á la rústica revolucionaria, santificado por el sacerdote, quien, con extrañeza de todo el vecindario, levantó las manos sobre el reo moribundo y le dijo con sublime acento de caridad cristiana:

— ¡En nombre de Dios, yo te bendigo!...

Fué un acontecimiento que sacudió las entra-

ñas del pueblo, y de uno á otro confín de la comarca corrió por mucho tiempo, envolviendo á los aldeanos, una ráfaga de muerte. El señor Lucas, confundido modestamente con la turba, lo vió todo : la subida al tablado, la mano del verdugo, la sotana del cura, la última mueca del pobre *energúmeno* al echar fuera la ennegrecida lengua... Y de allí á poco murió él mismo, sin que se supiera de qué, ni cómo.

— Salió á dar un paseo *con la capa*, decía doña Valentina, y sin probar bocado de cerdo se echó á morir.

Lo cierto es que al señor Lucas, que era hombre de bien, le entró pasión de ánimo y que murió de envidia y de remordimiento, recordando el calvario de su contrincante y deseando que también á él le apretaran el pescuezo para purgar el crimen de tener una casa con hermosa huerta de naranjos y limoneros...

LOS OJOS TRISTES

(Á SOLEDAD BONAFoux)

I

El follaje, erguido y lozano, esparcíase locamente en un rincón de la villa, y sobre el follaje se abatían con molicie jaspeadas alas de dormidas mariposas. Era como un ramo de flores y de insectos, ramo vaporoso que se balanceaba á impulsos del aire en el azul moribundo de las tardes orientales, ya esponjándose, después de la lluvia, entre arreboles de arco iris, ya secándose, desnudo y lloroso, entre llameantes rayos de sol. Más allá se dilatava, en ramajes de oro y púrpura salpicados y en cañas de amarillentas hojas vestidas, la vigorosa obra de la madre naturaleza...

Cuéntase que el mar, bravío é insolente como nunca, entró una vez en el campo, no sin reñir batalla á brazo partido. Temblaron las flores en sus tallos; piaron los pájaros en sus nidos; y,

avergonzado, el mar retrocedió llevando sobre sus espumas hojas de flores arrancadas y espigas de nidos dispersos... y cuéntase también que no fué osado á poner sus olas en aquel rincón solitario de la villa.

Lo que no hizo el mar con sus cóleras insensatas, lo hizo el hombre con su vanidad demente. Segó plantas, arrancó flores, destrozó nidos, trazó calles de túbnebre ciudad, levantó edificios; y, como si quisiera marcarlo con eterna ironía, grabó allí nombres prosaicos, inscripciones pomposas, ridículos letreros vomitados por la vanidad sobre lechos de rosas y aromas. Desde entonces, aquello fué una cloaca y se llamó cementerio.

II

Mucho tiempo ha pasado... Muchos nublados, que á nadie importan, han caído sobre mi corazón. ¡Muchas veces ha aleteado sobre mis sueños el ave triste del infortunio!... y así como he entrevisto siempre, al través de mis alegrías, cuando he gustado la vida en la embustera copa del aturdimiento, unos ojos soñadores, ensombrecidos por unas pestañas de luto, que se morían de pena parpadeando á ratos como trémulas alas de

cautiva mariposa, así también he sentido siempre, por encima de mis dolores más hondos, la mirada de aquellos mismos ojos que lloraban tristeza y me decían, al parecer, como el poeta del idilio: « ¡Es la vida tan corta!... ¡Ora y espera! »

III

¡Mucho tiempo ha pasado!... De vuelta del país de las mentiras, rendido, más que fatigado, por los azares del camino, quise detenerme á reposar sobre la tumba de mis recuerdos...

El sepulturero me franqueó la entrada, y de repente sentí la invasión de la naturaleza: invasión fuerte, brutal, pero saludable, como la que dejaría en un moribundo el acre olor de un ramo de plantas silvestres.

El invierno de la vejez, con su acción borrosa, ha carcomido los mausoleos y las cruces, y la primavera de la juventud, con su acción vivificadora, ha cubierto de césped las tumbas á flor de tierra. La hierba ha nacido espontáneamente sobre los despojos de la muerte, se ha arrastrado sobre los nichos, se ha erguido sobre los mausoleos, se ha enlazado á las cruces benditas, invadiéndolo y abrazándolo todo con abrazo de juven-

tud; y de allí, de aquel sitio herboso y selvático, brotando de la hendidura de una tumba como de una herida del corazón, resalta vivamente, al igual de una hebra de luto en un brocado, el tallo esquelético y ennegrecido de una florecilla salvaje, formada acaso por la evaporación de la última lágrima que derramaran aquellos ojos, tristes como los de la Dolorosa, soñadores como los del poeta, solos en el mundo de las perspectivas.

LOS DOS POLOS

I

Eran bonitas las dos chiquillas y además vecinas; tan linda ésta, que semejaba figurita de cromo, y tan correcta, que parecía estatua... Ni las alegrías, ni las penas, ni las tempestades todas de la vida lograban alterar aquella cara de mujer, que diríase moldeada en hielo y abrasaba de puro fría...

« Esta carne es de *cocotte* », había dicho un observador husmeándola de cerca al pasar ella muy bien trajeada de rojo y negro, con sombras de artificio bajo los rasgados ojos y el airecillo aquel tan suyo, que parecía colado del Guadarrama.

Tuvo un novio con mal fin y peor principio; tuvo otro... y fueron tantos, como moscas sobre miel, que hubo de ocurrir más de una vez que se asombrara de que un hombre, á quien no recordaba haber visto, la describiera al vivo con